Zunzuncito de madreselva

JSMartín FLOR

Capítulo 1

zunzuncito de madreselva
Unas manos imperceptibles labran abejas y colibríes en las nubes. El río antiséptico disuelve
los límites de la ciudad con cráteres de granito y orillas subterráneas. Mis sueños están atorados
en un lugar tan pequeño como una palabra incompleta, como una manito de leche quemada
por el silencio irreversible de la noche que muere. Con empeño reiterativo cualquier posada
es insuficiente para evitar el nivel de microbios que surcan el aire. La luna viaja a pastizales
descuidados, arenales y canteras abandonadas. Una fina explosión de filamentos, semillas de
mandarina y casquillos metálicos golpea la calle. La alegría esta donde podemos estar juntos
sin reparar en el calendario, la felicidad adorna los tobillos con la fragancia rosa de unas alas
que se mueven. El animo irresistible crece como la maleza en mi cutis empapado de sudor,
nuestra sombra es una silueta en llamas que baila en los muros alumbrado la voz del continente,
activando los subtitulos del hogar que esta lejos de nosotros mismos. Algunos vagabundos
flotan boca abajo dando tumbos entre las aceras. Los perros amarillos escarban la tierra antes
de mear la sombra de los cauchos y los cedros. Quiero ver que piensas y saber de quien no
eres capaz de despedirte. La ilusión es la comunicación del desconsuelo, la linea de frontera
sin garitas ni estanterías donde se pueden desamarrar los animales que llevamos pastando por
años. Mis manos son dos mascotas mal amaestradas, dos fósiles de estrellas que intercambian
órganos congelados y olores de pies entrelazados. El río sacude el remolino de ríos futuros en
su placenta de existencia liquida por un camino de sed protegido por gorriones color miel y
transeúntes ahogados en basura. Sin tiempo para lustrar mis ojos el firmamento enhebra unas
estrellas rojas en un botón de vapor ocre. El olvido y el entusiasmo en tu compañía dilatan mi
asombro como el agua tibia me da una pista para terminar el viaje. Me gustaría saber de que
lado vas a caer. Ser la parte dinámica de tu intimidad para poder arrastrarme por ese sistema

de cuevas que comunica el desconsuelo de las afueras de la ciudad con la cortina negra
que funde a la multitud con la trayectoria hiperbólica de un cometa. Quiero dejar de ser tu
marioneta para separarme sin pedirle prestado nada a tu corazón o a la vida simple del ritmo
de la apatía. Ranas y tortugas cubren con un espejismo de helechos, juncos y botoncillos un
paisaje industrial inoperante. Los rebosantes humedales y los parques estrambóticos colapsan
en el visaje moribundo del río. No tengo que abrir los brazos para sentir mi olor. Enjuago mi
boca con unas palabras de mal aliento. Una luz descolgada anida el hervor de la espera.
El mal que nos aqueja tiene el rostro de la falta de imaginación, del perro que ladra al que
viste de blanco, de la carretera que funciona como un termómetro mientras nos alojamos en
una regadera de polvo. La apariencia inevitable de los charcos negros y la flora felpuda me
perforan los ojos con una astilla de libélula hasta diluirme los pómulos en un entramado de
tallos de margaritas de pantano. Los turpiales como rosetones de plumas amarillas ondulan
picoteando mi introspección con el líquido necrótico de la respiración submarina. Las palomas
me ofrecen una manija para templar las pestañas, un reloj roto para apartar el delirio de las
azoteas. Quisiera conocerte con una dulzura no permitida, diferir de tu saliva y apagarme en
el escudo de tu cuello, ser un huracán de espinas y raíces. La cola de extintas iguanas rompe
con orificios nacarados la vegetación que se torna rosa como un algodón de azúcar echado a
perder. El río negro lame las orejas del aire caliente, regurgita ojos de personas perdidas y agota
sus carreteras secretas en arbustos quemados. Prométeme que vamos a escondernos de las
banderas en procesión, que vamos a huir de la temeridad heroica, que no vamos a dar regalos
para esperar a cambio favores. Júrame que no quieres volver. Júrame que no quieres otra vez
tener un nombre ni a ser un organismo vertebrado o invertebrado. Júrame que esta es la ultima
vez que te escribo. Una malla de bombillas, como una estrella redonda o un satélite enrojecido,
titila desmantelando los callejones y los muros. La saliva blanca en la comisura de los labios

hace presumir de brillo a mis ojos vigilantes. Esquirlas de antiguos choques estelares alumbran
las nubes. El jaspeo vivo del firmamento mezcla los visos obliterados de los montes con la
mueca de los gatos del callejón. La estela desgastada de los jardines, protegida por alambres
de púas, relumbra hasta lo inesperado. Sobre la silueta empapada de los nogales se erizan las
flores dormidas. Sobre los muros picos de botella delimitan el punto de ebullición de la alerta
sedentaria.
□